

**Jesucristo
me encontró**



Publicado por:

2017 Asociación Evangélica Luterana “**El Sembrador**”

Dirección: Calle Bolívar # 433. Sucre – Bolivia

Centro Comercial La Salle B-15 Arequipa - Perú

Contactos:

Gonzalo Ascarrunz Cel. 67602683

Correo electrónico: lgap_41@hotmail.com

Joel Vera Cel. 67622824

Correo electrónico: joelverata@hotmail.com

Ingar Gangas Cel. 76975000

Correo electrónico: ingar.gangas@live.no

sembradorbolivia@outlook.com Cel. 76975000

sembradorperu@outlook.com Cel. 991130583 - 982313388

Presentación

Presentamos a nuestros lectores, la 2° edición del librito titulado: “Jesucristo me encontró”. En sus páginas el lector encontrará una explicación sencilla del contenido del evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

Este librito aborda y responde a preguntas muy importantes que todos en un momento determinado formulamos, preguntas como: ¿Quién soy yo? O: ¿Puede cambiar mi vida? No somos presuntuosos al decir que aquí encontrarás las respuestas correctas a estas importantes y legítimas interrogantes.

El texto es básico y práctico, está hecho para alcanzar a aquellos que buscan el camino al cielo, es decir el camino de la fe en Jesucristo, el camino espiritual. Las preguntas ¿Quién es Jesús? Y ¿Cómo puedo estar seguro de mi salvación?, son comunes entre los que se sienten llamados a la vida espiritual, pero si quieres tener paz sobre estas preguntas, necesitas el conocimiento del plan de Dios para la salvación de nuestras almas; te ofrecemos este conocimiento básico en este texto, pero antes de leerlo, deberías levantar tus ojos al cielo y pedirle a Dios que te ayude a comprenderlo.

Este librito fue impreso por la Asociación Evangélica Luterana “El Sembrador” en Sucre-Bolivia, gracias a la ayuda del Misionero Noruego Ingar Gangas, la Misión Luterana Laica, y la organización “Fe bíblica” (Noruega).

Deseamos muchas bendiciones a nuestros lectores.

Los editores.

CONTENIDO

1. Una vida diferente (Prefacio)	7
2. ¿Quién soy?.....	8
3. ¿Quién es Jesús?	13
4. La certeza de la salvación (seguridad)	17
5. Jesucristo me encontró.....	22
6. ¿Cuál es la voluntad de Dios para tu vida?	26
7. ¿Puedo confiar en la Biblia?.....	30
8. La angustia y desesperación del alma	34

¿Una vida diferente?

Durante nuestra vida, se nos presentan muchas interrogantes.

Algunas personas están satisfechas con la vida que llevan, y no se interesan en cuestiones más allá del tiempo presente y de este mundo. Pero en un instante, puede suceder algo inesperado, que les llega a amargar la vida.

A otros, les fue mal en muchas cosas, viven sufriendo y no tienen la esperanza de que sus problemas se resuelvan.

En este folleto queremos mostrarte una vida diferente: La vida que Dios nos ha dado por medio de su Hijo Jesucristo.

Es una vida diferente, porque no se parece a nada que nosotros podamos lograr o imaginar.

Es diferente, porque nos da algo completamente nuevo, basado solamente en lo que Jesucristo hizo por nosotros en la cruz.

Es diferente, porque es la única manera de vivir en una buena relación con Dios.

Es diferente, porque sólo ella da sentido a nuestra existencia terrenal, y nos llena de esperanza para toda la eternidad.

Muchos dicen que les gustaría ser cristianos, pero en realidad no quieren saber en qué consiste la vida cristiana. Otros creen saber cómo tiene que vivir un cristiano y se esfuerzan por ser así.

Por medio de este folleto queremos orientarte hacia la verdadera vida, la vida que Dios quiere darnos.

¿QUIÉN ¿SOY YO?

Tal vez te has preguntado: ¿Quién soy yo, realmente? La Biblia te responde: “Eres un ser humano, creado a imagen de Dios”.

Eso significa que fuiste creado para vivir en comunión con Dios. Tu vida no está completa ni alcanza su objetivo si no está en buena relación con Dios. Si vives sin Dios, no tienes la verdadera vida. Esta es una verdad que enseña la Biblia.

¿Ateo y satisfecho?

Muchas personas no creen en Dios, ni en lo que dice la Biblia. Se han convencido mentalmente de que es así y se declaran ateos. Niegan la existencia de Dios, viven en libertinaje y se jactan de lo bien que les va. En la Biblia también se mencionan personas con éstas actitudes.

En el Salmo 73 leemos sobre personas que no reconocen a Dios y viven completamente alejados de Él: “Arrogantes...impíos que viven en la prosperidad...que no tienen congojas por su muerte...logran con creces todos los antojos de su corazón...se moñan...hablan con altanería, ponen su lengua contra el cielo.”

Pero debemos recordar que sucederá con estas personas. Su final será terrible. En los versículos 17 y 18 del mismo Salmo leemos: “Ciertamente los has puesto en deslizaderos; en asolamientos los harás caer. ¡Cómo han sido asolados de repente! Perecieron, se consumieron de terrores.”

Tal vez piensas: “Yo no creo en Dios y puedo vivir bien sin Él”, pero cuando estás en dificultades le pides ayuda. Como aquel

estudiante universitario que se jactaba de ser ateo, pero oraba antes de rendir un examen. ¡Su ateísmo no era muy profundo! Y eso es lo que sucede con muchas personas. Dicen que no creen en la Biblia y que Dios no existe, pero cuando están en peligro, confundidos y angustiados se acuerdan de Dios y lo invocan.

¿Te sientes angustiado y temeroso? ¿Tienes un problema tan difícil que no puedes comprender ni solucionar? ¿Tu vida te parece absurda y sin sentido?

De cualquier manera, tanto si te va bien como si te va mal, la vida es una lucha. Pero es posible tener ayuda. Ese Dios que posiblemente estés negando, te está buscando.

Dios te busca

No eres tú quién busca a Dios. Tú no quieres relacionarte con Él, pero Dios te busca. Él si quiere relacionarse contigo. Dios te ama. En su Palabra Él te asegura eso. Creas o no en la existencia de Dios, Él está haciendo todo lo que está a su alcance para encontrarte y para que seas suyo.

Tienes que saber esto: Dios no obliga a nadie a relacionarse con Él. Seguramente estarás de acuerdo en que un hombre no puede obligar a una mujer a que lo ame. ¿Qué clase de relación sería esa? Si uno quiere amor, la relación tiene que estar basada en el mutuo consentimiento y la libre elección de las personas. En nuestra relación con Dios, Él toma la iniciativa llamándonos y guiándonos hacia Él.

Cuando sientes una profunda inquietud, un intenso deseo por algo que no puedes entender, es porque eres un ser humano creado por Dios para vivir en comunión con Él. Y no tendrás reposo antes de reposar en Dios.

La catástrofe

Al principio, el ser humano fue creado a imagen de Dios y era perfecto, sin pecado. Estaba en buena relación con Dios de una manera natural.

Pero el ser humano también había sido creado para desarrollarse. Faltaba completar algo. Por eso Dios lo puso a prueba. En la Biblia, en el libro de Génesis 2: 16-17 leemos: “Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer, más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.”

Quizás el hombre no entendió por qué debía obedecer la orden de Dios. Como fué creado para desarrollar su conocimiento, tal vez pensó que no sería incorrecto adquirir el conocimiento del bien y del mal. Pero esta orden incomprendible para el hombre, servía para probar su obediencia a Dios.

¿Con que Dios os ha dicho...?

Si el hombre hubiera pasado esta prueba, habría aprendido la diferencia entre el bien y el mal sin haber caído en pecado y sin convertirse en enemigo de Dios. Pero venció el diablo, el enemigo espiritual.

El diablo o Satanás era un ángel caído, posiblemente el más destacado entre todos los ángeles. Fue creado bueno, pero se rebeló y se opuso a Dios. Así se convirtió en el enemigo y adversario de Dios. Para él no hay ninguna posibilidad de salvación.

Jesús dijo que hay un fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25:41). El infierno no fue creado por Dios pensando en los seres humanos, de modo que si alguien va allá no es porque Dios lo quiso. En realidad, Dios quiere que todas las personas sean salvas (1 Timoteo 2:4).

Pero Satanás se opone a Dios, y también es adversario tuyo. Por eso, su mayor deseo es hacer fracasar el plan de Dios para la salvación de la humanidad.

En el Paraíso el diablo tentó a Eva por medio de la serpiente, que era el más astuto de todos los animales, según la Biblia. Primero sedujo a Eva, que había escuchado la prohibición solamente a través de su esposo Adán, no directamente de Dios. Posiblemente la serpiente estaba en el mismo árbol del que Dios había prohibido comer.

Quizás a Eva le pudo haber dado la impresión que Dios le estaba sugiriendo algo. Hasta ese momento solamente había escuchado hablar a su esposo y a Dios. De pronto escuchó que la serpiente le hablaba, copiando a Dios, imitándolo para engañar a Eva.

“¿Con que Dios os ha dicho...?” (Génesis 3:1), preguntó la serpiente. Al escuchar esta pregunta, al principio a Eva le pudo haber parecido que la serpiente estaba confirmando la validez del mandamiento dado por Dios.

Cuando Satanás preguntó: “¿Con que Dios os ha dicho: no comáis de todo árbol del huerto?” estaba siendo muy astuto. De esta manera podía envolver a Eva en una discusión acerca de lo que realmente dice la Palabra de Dios.

Debemos prestar mucha atención aquí: Los pecados y la incredulidad comienzan cuestionando la Palabra de Dios. “¿Qué quiere decir realmente la Biblia? Es cierto que está escrito esto y aquello, pero eso se escribió mucho tiempo atrás. ¿No podemos interpretarlo de otra manera en nuestra época actual?”, etc.

Actualmente sucede lo mismo. Es tan fácil comenzar una discusión cuestionando la validez de la Palabra de Dios. “¿Qué dices? Dios no puede prohibir tal cosa...”.

Eso no es algo nuevo, ¿entiendes? La primera vez fue en el principio del mundo y terminó en una catástrofe. Y continúa sucediendo todo el tiempo. Satanás sedujo a Eva para que mirara y codiciara el árbol prohibido.

En Génesis 3:6 se nos dice que Eva vio que el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos, y codiciable para alcanzar sabiduría.

Entonces tomó de su fruto, y comió. Y le dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces sucedió algo terrible: El pecado entró al mundo, y por el pecado vino la muerte.

Casi...



*“Casi salvado”, ven ahora ya.
“Casi salvado”, es tu oportunidad.
Jesús te invita a venir a Él;
ángeles ansían tu conversión,
los que te aman oran por ti:
Alma errante, ¡recibe perdón!
“Casi salvado”, ¡la oportunidad pasó!
“Casi salvado”, la condena llegó.
“Casi” no sirve, “casi” no alcanza.
Qué pena, que triste lamento:
“Casi fui salvo, pero me perdí.”*

¿QUIÉN ES JESÚS?

Jesús es quién dice: “Venid a mi todos los que están trabajados y cargados y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

Llevamos muchas cargas

En nuestra sociedad actual muchos viven angustiados, abandonados, en soledad y bajo mucha presión. Así es, aunque algunos no lo quieren reconocer. Y es muy cierto que si alguien toma en serio su relación con Dios, pronto se dará cuenta de que tiene que llevar una carga demasiado pesada.

La carga más pesada es nuestra conciencia, que nos juzga y acusa cuando vivimos en la presencia de Dios. Si vemos nuestra vida a la luz de la santidad de Dios, aparecen todas nuestras desobediencias, todos nuestros engaños e infidelidades, todas las malas intenciones y todo lo malo que hemos dicho. En fin, muchísimas faltas y excesos de los que somos responsables y de los cuales tendremos que rendir cuentas a Dios algún día.

Quienes luchan bajo el peso de esta carga saben lo que significa estar angustiados y atormentados.

Los que son sinceros se esfuerzan más, a medida que se dan cuenta de que la carga es demasiado pesada. Entonces pueden llegar otras cargas: Enfermedades, dolores, desengaños y frustraciones. Muchas preocupaciones. La vida se convierte en una carga insoportable.

¿Te sucede esto? Si es así, Jesús te hace exactamente la invitación que necesitas. Te invita a ti. Tal vez digas: “Sí, pero... ¿qué tengo que hacer para obtener lo que Jesús me ofrece?” O quizás pienses: “¿Es posible que Jesús acepte personas como yo?”

Analícemos un momento la invitación de Jesús, pero antes, permíteme volver a la pregunta anterior:

¿Quién es Jesús?

La invitación que leímos, deja bien en claro que es Jesús quien quiere llevar la carga que es demasiada pesada para nosotros. Jesús es el que realmente puede asumir esa tarea. La Palabra de Dios afirma que Jesús cargó nuestros pecados cuando murió en la cruz. Juan el Bautista lo anunció, diciendo: “¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). El Hijo de Dios se hizo hombre para quitar de en medio, nuestro pecado que nos separaba de Dios. Lo que había entre Dios y nosotros. En la cruz del calvario Jesús se hizo cargo y pagó toda nuestra deuda con Dios. Jesús sufrió el castigo que merecíamos por no cumplir lo que Dios nos exige.

El Profeta Isaías escribió al respecto: “Pusiste sobre mí la carga de tus pecados, me fatigaste con tus maldades. Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mi mismo, y no me acordaré de tus pecados” (43:24-25).

Esta es la respuesta a la pregunta si la invitación de Jesús te incluye a ti. Jesús llevó la carga más pesada que existe: los pecados de todo el mundo, por eso Él también puede llevar tu carga, y la de cualquier persona. Puedes contar con Él, y confiar en Él para todas las cosas. Es Él en persona quien te dice: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:6-7).

Cómo tener paz

¿Entiendes por qué tenemos paz solamente en Jesús? Él quitó el pecado del mundo, de modo que todos mis pecados fueron perdonados y ya no estoy bajo la condenación de Dios.

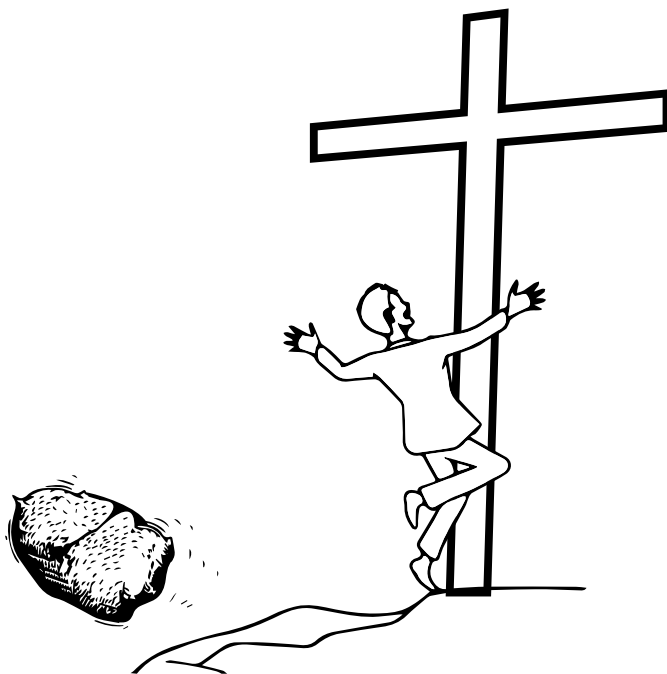
Esto me da paz y me asegura que soy un hijo de Dios. Ahora puedo descansar sabiendo que Jesús es responsable por mí, en

todo momento; si, aún en medio de pruebas y tribulaciones.

La promesa que hace Jesús cuando nos invita a ir a Él, no son palabras vacías. Tú que preguntas si la invitación de Jesús te incluye, puedes hallar otra respuesta en Juan 6:35: “Jesús dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.”

Jesús está diciendo que “venir a Él” y “creer en Él”, es lo mismo. Venir a Jesús equivale a confiar en Él. Si oyes de Jesús, lees y cantas acerca de Él, y te reúnes con los que creen en Él y le adoran, irás confiando más y más en Jesús, de todo corazón.

Cuando por la obra del Espíritu Santo, tu corazón se haya vuelto hacia Jesús, habrás *venido* a Él. Esta verdad está claramente enseñada también en el Salmo 37:40 donde leemos: “Jehová los ayudará y los librá; los libertará de los impíos y los salvará, por cuanto en Él esperaron.”



*¡Qué inmenso amor inspiró la salvación!
¡Qué inmensa gracia la hizo realidad!
Qué inmenso abismo con la humanidad,
Ha cruzado Dios, en la cruz de redención*

*¡Inmensa fue la bondad que no merecí!
¡Abundancia de perdón por gracia recibí!
Mi alma angustiada halló liberación,
Confianza en Jesús, en la cruz de redención.*

LA CERTEZA DE LA SALVACIÓN

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1).

No es un sentimiento

En Hebreos 3:14 leemos: “Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio.”

Tenemos una fuerte tendencia a buscar en nuestro interior un sentimiento de seguridad, la sensación de tener paz con Dios. Y nos parece que la Biblia respalda esa tendencia, porque dice que la fe es una firme certeza, y la certeza es estar convencido interiormente, en nuestro corazón.

Las personas sinceras reconocen por experiencia, que cuanto más buscamos la certeza de la paz con Dios en nuestro interior, menos seguros estamos. Muchos bienintencionados creyentes entran en confusión, porque oyen acerca de la seguridad de la fe, pero no la poseen ni la sienten. Se angustian y se desesperan, pensando que no son salvos.

¿Y cómo podemos estar completamente seguros de nuestra salvación? Para encontrar la respuesta, veamos detenidamente algunos ejemplos de personas creyentes en la Biblia. Pero antes, pensemos en la siguiente pregunta:

¿Cómo podemos estar seguros de algo?

Es imposible estar seguros de algo basándonos solamente en un sentimiento interior. Imagínate que alguien te dice algo que te podría hacer muy feliz. Inmediatamente le preguntarías: “¿Cómo sabes eso? ¿Quién te lo dijo?” porque solamente podrías estar seguro si hay pruebas concretas, más allá de tus sentimientos. La certeza siempre tiene que basarse en hechos

reales, independientemente de nuestras emociones. Son los hechos que aseguran una verdad, y nos convencen de que realmente es así.

La seguridad que se basa en nuestros sentimientos, deseos o necesidades, en realidad es algo inseguro. ¿Qué te garantiza que las cosas son como tú las sientes, las imaginas o deseas? Si es así con las cosas de todos los días, mucho más lo es con lo que respecta a nuestra salvación eterna. ¿De qué me sirve creer que soy un cristiano? ¿O de qué me vale sentirme como un hijo de Dios? Muchísimas personas piensan que son cristianos y se consideran a sí mismos hijos de Dios, pero jamás han llegado a ser realmente cristianos. Por lo tanto, no encontrar la seguridad de salvación dentro de uno mismo, y no sentirse como un cristiano, no es necesariamente una mala señal.

Pero se nos ha dado un fundamento firme e infalible para nuestra fe, un fundamento que nos da plena seguridad. Ahora veremos este fundamento a la luz de la Biblia.

Los verdaderos creyentes

En la carta a los Hebreos capítulo 11, se nos dan varios ejemplos de personas que estaban seguras de su salvación. Por ser creyentes, fueron capaces de desafiar la muerte, al diablo, al infierno y al mundo incrédulo. Estaban convencidos, y no cambiaron a pesar de las persecuciones, pérdidas, peligros y enormes dificultades que tuvieron que enfrentar. Permanecieron firmes porque estaban seguros e inamovibles en sus conciencias.

Sabían, por un hecho concreto, que estaban en comunión con Dios y que habían sido salvados. Estaban seguros de tener la vida eterna. Esta es la convicción que caracteriza a los verdaderos creyentes.

¿Cómo pueden estar tan seguros?

Los creyentes que menciona la Biblia en Hebreos 11, ¿estaban tan seguros de su salvación por los sentimientos y emociones que experimentaban? La Palabra de Dios nos da una sorprendente respuesta: “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos y creyéndolo...” (v. 13).

Y al final del capítulo leemos: “Todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (He. 11:39-40). Lo que nosotros vemos que se cumplió, esos creyentes no pudieron verlo. Pero tenían la certeza de lo que esperaban y la convicción de lo que no veían. Por eso se los pone como ejemplos de fe. Esta convicción era tan profunda y real en sus vidas, que soportaron persecuciones y sufrimientos por su causa, llegando incluso a dar sus vidas por ella.

Esto también es válido para un cristiano de hoy: Todavía no ha experimentado en carne propia que Jesús lo salvará del castigo de Dios en el Juicio Final y que al morir pasará a estar muchísimo mejor, con Cristo. Sin embargo, puede estar completamente seguro de eso ahora ya, y con esa seguridad puede perseverar firme, a pesar de todo.

Así es la certeza de la fe. Puede enfrentar a quienes la contradicen y niegan; puede pasar por pruebas, y soportar amenazas e insultos. A pesar de todo, sigue confiando firmemente que cuando llegue la muerte, irá al hogar celestial para estar con su salvador; y que el día del Juicio Final, será reconocido por Dios.

¿Cómo se puede llegar a estar seguro?

La certeza de la fe no se basa en experiencias. El cristiano está seguro de cosas que aún no ha experimentado personalmente. Para encontrar la respuesta a la anterior pregunta, volvamos al texto bíblico.

Pensemos, por ejemplo, en Abraham. ¿Cómo obtuvo él la certeza de la fe? Dice la Biblia que: “salió sin saber a dónde iba” (Hebreos 11:8). ¿Cuándo estuvo Abraham seguro de recibir el lugar que Dios le prometió dar en herencia?: ¿Al llegar al lugar, o al salir de su casa? ¿Cuándo estuvo seguro de que él y su anciana esposa tendrían un hijo: Solamente después de que el hijo nació? No, sino mucho tiempo antes. Abraham estaba completamente convencido, aún en medio de circunstancias muy desfavorables, cuando normalmente no había posibilidades de que sucediera lo que Dios le prometió. Ese es el secreto de la certeza de la fe. Uno está plenamente seguro de que se cumplirá, lo que Dios ha prometido, más allá de lo humanamente razonable y normal.

La Palabra de Dios nos explica cómo es posible esto. Leemos acerca de Sara, la esposa de Abraham, que era estéril pero tuvo un hijo “porque creyó que era fiel quien lo había prometido” (Hebreos 11:11). Aquí vemos la certeza de la fe, que consiste en tomar la Palabra de Dios como lo que realmente es; creer que lo que Dios dice es la verdad, y que Él cumplirá con lo que prometió; descansar en su Palabra y confiar en ella, sobre todas las cosas.

En el idioma original de la Biblia la Palabra “certeza” no significa “experiencia” ni “sentimiento”, sino el fundamento que Dios ha puesto para nuestra eterna salvación y felicidad. En el Antiguo Testamento esto no estaba cumplido todavía, pero la promesa también era válida para ellos. Pero ahora, ya fue puesto el fundamento.

El fundamento es la gracia de Dios, que se nos ofrece y da en la

persona de Jesucristo. Dios decidió tener misericordia y salvarnos por medio de Jesús aún antes de que existiese el mundo, y llevó a cabo su plan de salvación en el tiempo histórico que Él eligió. Jesús, el Hijo de Dios, se hizo hombre para expiar nuestros pecados con su sangre.

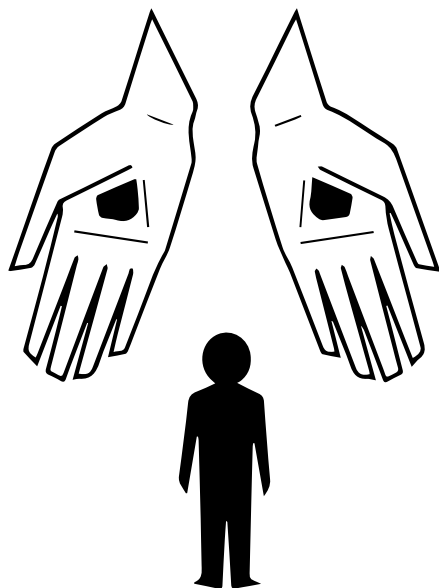
Este es el fundamento que Dios nos ha dado como la base de nuestra esperanza de salvación. Los creyentes sabemos que una esperanza basada en hechos es una esperanza verdadera y confiable.

Dios nos ha dado su gracia en Cristo Jesús. Esto es lo que tenemos que retener con firmeza. No se nos pide que confiemos en nuestros sentimientos o experiencias, en nuestro gozo, paz o sensaciones parecidas. Todo eso es resultado de la gracia, pero no la gracia en sí. Tenemos que confiar y podemos descansar confiadamente en la completa salvación obtenida por Jesucristo.

La certeza se obtiene por la fe en Jesús y en su Palabra.

Tener la certeza de la salvación por medio de Jesucristo, es exactamente lo mismo que creer en Él. La Palabra de Dios, que nos anuncia a Jesús como nuestro salvador, crea la fe en nuestros corazones. La Palabra nos convence de que Dios dice la verdad, cuando nos promete perdón y vida eterna por medio de Jesús. Pero ahora no podemos ver que ya fuimos rescatados de la condenación eterna, y justificados ante Dios. Pero podemos estar firmemente convencidos de ello en nuestros corazones. Tan seguros de ello, que podemos soportar cualquier cosa.

Entonces, se puede ver que errado y que peligroso es hacer depender la seguridad de la salvación de nuestros sentimientos y emociones interiores. Por el contrario, tienes que dirigir tu atención a algo que esta fuera de ti. Por eso, por medio del Profeta Isaías, Dios te invita: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios y no hay más” (45:22).



“Luego Jesús dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente” (Juan 20:27).

JESUCRISTO ME ENCONTRÓ

Knut Pedersen ha sido un predicador toda su vida adulta. Durante cuatro años viajó como misionero, compartiendo la Palabra de Dios para una organización Misionera de Sunnfjord (Noruega). Desde 1978 ha estado viajando en el distrito de Agder, para la Misión Luterana Noruega. Previamente Knut trabajaba como predicador y – simultáneamente- como miembro de la tripulación del barco que iba a la isla Flekkeroy. Desde que se construyó un túnel a la isla, Knut vive allí con su familia. Oigamos su testimonio...

¿Cómo fue que Jesús te encontró?

“Mucho antes de la creación del mundo, yo estaba en los pensamientos y en los planes de Dios (Efesios 1:4). Fue Él quien movió a alguien a orar por mí antes de que yo naciera. Más tarde, me acercaron a la Palabra de Dios, y así Dios estuvo cerca de mí durante toda mi niñez.

Durante mi juventud, asistía a la iglesia de Flekkeroy, participando en la mayoría de las reuniones de adoración. Incluso trabajé en la Asociación de Jóvenes. En apariencia, todo estaba bien, pero la Palabra de Dios acusaba mi conciencia, y eso es lo que realmente importaba. Así, me vi envuelto en una lucha interior entre Dios y mis razonamientos. En mi desesperación, el pecado me dominó y me perdí. Entonces hice algo que había escuchado decir muchas veces: “¡Pídele ayuda a Jesús; Él te salvará! No somos capaces de vivir como cristianos con nuestras propias fuerzas.” Sí, oré; incluso lloré más de una vez. Pero no sirvió. Seguía perdido. Entonces comenzó a suceder algo que me angustió más: Por fuera parecía el mismo, pero gradualmente podía pecar sin sentirme mal. Entonces, un día fui a visitar a un antiguo miembro de la iglesia y le confesé todo.

Una guía hacia la paz

No recuerdo todo lo que hablamos, pero en esa ocasión aprendí algo maravilloso. Al irme, ese creyente me dio el libro “Una guía hacia la paz”, escrito por un predicador sueco llamado Carl Olof Rosenius. Leía este libro muy seguido, especialmente los domingos por la tarde. Ese libro realmente causó un fuerte impacto en mi vida. Nunca olvidaré cuando leí el capítulo que comienza diciendo: “Ahora eres frío, duro e indiferente.”

Yo era exactamente así. Quería ser un cristiano, ese era mi objetivo. Pero al mismo tiempo era indiferente para con Dios; sí, podía pecar sin sentirme mal por ello. Me decía a mí mismo: “Tú le has dado la espalda a Dios.”

Seguir leyendo el libro fue una experiencia demoledora: “Esta es la realidad, que la Ley de Dios se encarga de revelar. Ahora ves lo que siempre has sido, pero no lo sabías.” Por cierto, Dios estaba actuando en mi vida, y Él me lo reveló.

Comprendí claramente que Jesús había muerto por personas como yo. Yo, que le había dado la espalda a Dios, ahora podía llegar a ser su hijo, gracias a su inmerecida bondad, por pura gracia.

Cuando fui a acostarme en mi cama, estaba tan maravillado que lloré de felicidad. Había comprendido que todo lo que Dios me exigía, otra persona – Jesús – lo había cumplido por mí. Mi integridad personal quedó completamente a un lado, y toda mi confianza la puse fuera de mí, en Jesucristo.

¿Qué hizo Jesucristo por ti?

Es muy conmovedor pensar que a Dios se le partió el corazón para salvarme de mis pecados y de la condenación. Siempre fue Él quien me buscó y encontró, sólo por su gracia, sin méritos de mi parte. Vivo sorprendiéndome por eso.

¿Quién es Jesús?

Jesús es Dios, el Hijo de Dios. Y también es un ser humano. Se hizo hombre por una sola razón: Para ser nuestro salvador.

¿Cómo es ser cristiano?

Es una combinación de las experiencias más grandiosas, y de una lucha muy especial. Por lo que he vivido, puedo decir que nadie puede hacer realidad una vida tan genuina, real, abundante y buena como lo hace la Palabra de Dios.

Al mismo tiempo, debo admitir que es angustiante, que mi naturaleza pecaminosa sigue existiendo y es tan rebelde como an-

tes. Es contraria a Dios, indiferente, fría e inclinada al pecado. A menudo esto ha sido una causa de mucha tristeza para mí. Por eso miro hacia adelante, a la salvación completa y definitiva en el cielo. Algún día veré a Jesús tal como realmente Él es, y viviré en armonía total con la Palabra de Dios y nunca más volveré a tener el deseo de pecar.

Así es, reconozco que tengo mucho que agradecer a Jesús: Él me encontró, me guía y sostiene durante toda mi vida, hasta que llegue al hogar celestial.”



Él me buscó

*Con ternura Él me buscó
Débil y enfermo de pecado,
sobre sus hombros me cargó,
y me puso a su cuidado;
mientras ángeles en su presencia,
cantaban de gozo por su clemencia.*

*¡Con cuánto amor me buscó!
¡Con qué sacrificio me rescató!
Maravillosa gracia que me llevó
De regreso al Padre, que me creó.*

¿CUÁL ES LA VOLUNTAD DE DIOS PARA TU VIDA?

Respuesta:

Dios quiere que todos seamos salvos. Y la salvación significa entrar en el reino de Dios. Todos los salvos estarán eternamente con el santo Dios en su reino, junto a Jesucristo, quién dio su vida para salvarnos.

En la primera carta del apóstol Pablo a Timoteo leemos: "...el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo" (2:4-6).

Lo más importante de todo

Dios quiere que yo sea salvo. Él quiere que tú seas salvo. Un día, nuestra vida terrenal se terminará. Cuando llegue ese momento, lo más importante será si seremos salvos o no. ¿En qué camino estas tú? ¿En el que va al cielo, a la felicidad, o en el que va al infierno, a la condenación?

El infierno existe. La Biblia le da distintos nombres y características. Jesús advierte que evitemos "ser echados en el infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano no muere..." (Marcos 9:48). Y nos invita: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición" (Mateo 7:13).

El camino

Dios quiere que tú estés en el camino que conduce al cielo, a la vida eterna. No nos sirve de nada si disfrutamos todo lo que el mundo nos ofrece, y al final de nuestra vida nos quedamos fuera del cielo, por toda la eternidad.

Lo más importante de todo para ti es saber con certeza si estas en el camino que va al cielo, y si eres un heredero de la eterna salvación.

En el libro de Apocalipsis se nos señala claramente el único camino al cielo. Allí llegan solamente los que “han lavado sus ropas y las emblanquecido en la sangre del cordero” (7:14-15).

Lo que Jesús hizo

El Cordero es Jesucristo. Él es el Cordero de Dios, que fue sacrificado cuando fue clavado en la cruz del calvario en Jerusalén, hace unos 2000 años atrás.

Dios, el Padre, cargó sobre Jesús, su hijo, todas las culpas, pecados, faltas y excesos míos, tuyos y de toda la humanidad. Dios hizo responsable a Jesús de toda la maldad de nuestra naturaleza, corazones y mentes.

La Biblia dice que Jesús “fue hecho pecado por nosotros”. Eso significa que el Santo Hijo de Dios fue tratado como el peor de todos los pecadores (2 Corintios 5:21). Jesús “fue hecho maldición”, es decir, sobre Él se descargó la ira, el castigo y la condenación de Dios (Gálatas 3:13). Jesús tomó el acta que denunciaba nuestras infracciones, y las anuló, clavándola en la cruz (Colosenses 2:14). Dios acusó a Jesús de todas las faltas e infracciones que hemos cometido en contra de su Ley. Nosotros hemos desobedecido todos los Mandamientos de Dios. Somos culpables, porque Dios demanda tanto la obediencia exterior a su Ley, como la buena intención interior. La Ley exige que seamos perfectos, sin culpas ni pecados.

¿Quién irá al cielo?

Solamente quien ha sido lavado y emblanquecido en la sangre del Cordero puede entrar al cielo. ¿Qué significa eso? Significa que Dios nos perdona todos nuestros pecados. ¿Y cómo somos perdonados? Cuando somos convertidos. Y ser convertido sig-

nifica sentir tristeza por el pecado (arrepentimiento), y creer en Jesucristo como nuestro salvador (fe).

Cuando la verdadera conversión es llevada a cabo por Dios, uno comienza a ver el pecado como algo malo. Además, nos damos cuenta, que tenemos una mente corrupta, malas ideas y deseos impuros. La Biblia describe eso como: “verse perdido”. Uno reconoce que es culpable ante Dios y merece ser condenado por Él. No encontramos nada bueno en nosotros mismos como para ofrecérselo a Dios (Romanos 7:18).

En este estado, necesitamos un Salvador. Jesús pasa a tener la máxima importancia para nosotros. Nos damos cuenta de que Él tuvo que morir por nuestros pecados. Nos consolamos y alegramos por la mejor noticia que existe: ¡Jesús es nuestro representante ante Dios! Él recibió el castigo que merecíamos por nuestros pecados; Jesús es el Mediador entre Dios y nosotros; Él es nuestro Sumo Sacerdote que está en el cielo, que se ofreció a Sí mismo en sacrificio, para obtener con su sangre inocente el perdón de todos nuestros pecados.

¡Escucha!

Tu Salvador está vivo. Cuando escuchamos las Buenas Noticias de nuestra salvación (el Evangelio), Dios crea la fe y renueva nuestros corazones. Nos damos cuenta de que lo que Jesucristo hizo por nosotros, en nuestro lugar, es suficiente para nuestra salvación. Ante todo lo que Jesús hizo para rescatarnos, Dios dice: “Esta bien, es suficiente,” y por causa de Cristo nos perdona todos nuestros pecados. Así, la sangre de Jesucristo te limpia de todo pecado.

Esta limpieza *vale ante Dios*. Jesucristo es el sacrificio dado por Dios mismo, para expiar todo pecado *ante sus ojos*. Todos los pecados fueron borrados por la sangre derramada por Cristo, en la cruz del calvario. Dios ya no ve pecado alguno en nosotros, porque nos mira a través de Cristo. Es así como “*la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado*”.

Limpio ante Dios

La voluntad de Dios para tu vida es que recibas el perdón de todos tus pecados. Quizás digas: “Pero yo sigo teniendo malos pensamientos y deseos impuros. A veces siento muy fuertes tentaciones del diablo en mi corazón. ¿Cómo puede ser, entonces, que yo esté limpio en la presencia de Dios?” Es que, en ti mismo, sigues siendo impuro. Todavía tienes la naturaleza pecadora. Pero *en Jesús estás limpio*. Cuando crees en Jesús, Dios te declara totalmente justo y te trata como a alguien que es completamente inocente, por medio de la sangre del Cordero, la sangre que expió todos los pecados.

Se debe pura y exclusivamente a la voluntad de Dios, que la sangre del Cordero sea el único medio para tu purificación del pecado. Cuando Satanás te acuse por tus pecados, cuando trate de desanimarte, haciéndote ver tus flaquezas y la debilidad de tu fe, entonces debes recurrir a la Palabra de Dios, recordando o leyendo en la Biblia lo que ella dice acerca de tu salvación en Jesucristo.

Certeza

Si buscas la certeza de tu salvación en tus sentimientos, entonces constantemente serás defraudado. Si esperas que se produzcan grandes experiencias espirituales que te conduzcan a la certeza de tu salvación, en poco tiempo perderás tu entusiasmo. En cambio, tienes que dirigir siempre tu atención a lo que Dios ha hecho y ha prometido por escrito en su santa Palabra, la Biblia. Allí dice que “el que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Juan 5:12).

Si te falta todo lo demás, pero tienes a Jesús, entonces tienes la vida eterna. Ora al Espíritu Santo para que te haga ver tu culpabilidad, y cuando reconozcas tu condición de pecador, necesitarás a Jesús. Ora para que el Espíritu de Dios te muestre quién es Jesús, y que ha hecho por ti. Pídele al Espíritu Santo que te ayude a encontrar reposo en Cristo, en las promesas de Dios para tu salvación, que están escritas en la Biblia.

¿PUEDO CONFIAR EN LA BIBLIA?

El testimonio que la Biblia da de sí misma



¿Qué es la Biblia? ¿Qué dice la Biblia acerca de sí misma?

La Biblia dice de sí misma, que ella es la Palabra de Dios para nosotros, para toda la humanidad.

La Biblia fue escrita por hombres. Pero: “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:20-21). La Palabra de Dios fue inspirada por el Espíritu Santo. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16). La Palabra de Dios es efectiva y poderosa, “...que no volverá vacía, sino que hará lo que Él quiere, y será prosperada en aquello para lo cual Él la envió” (Isaías 55:11).

La tarea que realiza la Palabra de Dios, no es poca cosa. Ella nos enseña, nos convence, nos muestra el camino hacia la salvación y hace posible que vivamos en comunión con Dios.

La Biblia no es un libro como todos los demás, escrito por seres humanos. Ella es la Palabra de Dios; eso es lo que la Biblia dice ser (testimonio interno).

Cuando preguntamos si podemos confiar en la Biblia, no estamos hablando de confiar en literatura humana ni en palabras

de hombres. La cuestión principal es si puedo confiar en que la Biblia es lo que dice ser, la Palabra de Dios.

Lo que dice Jesús

Para saber qué enseña Jesús con respecto a la Biblia, recordemos una de sus instrucciones que hallamos escrita en el evangelio de Juan 7:17 “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta.”

Ordena tu vida de acuerdo con las Sagradas Escrituras

Comienza leyendo la Biblia. Puedes desarrollar la buena costumbre de leerla regularmente. Léela de manera metódica y sistemática. No leas pasajes demasiado largos de una sola vez. Concéntrate de manera que no pienses en otras cosas sino en el texto que estás leyendo. Trata de entender qué quiere decir realmente lo que lees.

Pero cuando Jesús dice: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta”, va mucho más allá. Lo mismo se aplica a toda la Biblia.

Si quieres comprobar que la Biblia dice la verdad, permite que ella inspire y oriente tu vida. No hay otra manera. Si sigues esta instrucción, conocerás la verdad.

¿Qué significa “hacer la voluntad de Dios”?

Sabemos e intuimos que cuando Jesús habla de “hacer la voluntad de Dios”, va más allá de la obediencia a los Mandamientos de Dios. Pero a primera vista nos parece que hacer la voluntad de Dios es cumplir sus Mandamientos. Sabemos que la Ley de Dios es la expresión de su santa voluntad. Los Mandamientos nos dicen qué debemos hacer y qué no debemos hacer.

¿Estás dispuesto a hacer un serio esfuerzo por cumplir la Ley de Dios? Inténtalo. Dios nos dió sus Mandamientos para que los sigamos, y vivamos de acuerdo a ellos.

Jesús dijo que la Ley se basa en dos Mandamientos principales: Amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas; y amar al prójimo como a uno mismo (Marcos 12:28-31).

Haz todo lo posible para vivir como Dios manda. No pasará mucho tiempo y te darás cuenta de que eres incapaz de hacerlo. Verás que es algo imposible de lograr.

Comprobando que la Biblia dice la verdad

Haz podido comprobar que la Biblia dice la verdad sobre nuestro estado. La Palabra de Dios te ha mostrado que en tu mente y en tu corazón hay una maldad innata, una enemistad natural contra Dios.

Es muy importante que al saber esto no intentes engañar a Dios, siendo deshonesto con Él y faltando a la verdad. En lugar de eso, sigue reconociendo la validez de los Mandamientos de Dios. Admite tu responsabilidad.

Entonces comenzarás a ver con claridad algo terrible. Te darás cuenta de que en realidad tú estás en contra de Dios. Eres egoísta, impuro, malo y depravado. Deseas hacer y haces exactamente lo que Dios prohíbe, y odias lo que Él quiere.

De esa manera compruebas la veracidad de una enseñanza de la Biblia, lo cual te demuestra que ella dice la verdad. Te enteras de que no solo has perdido el temor de Dios, sino la capacidad de temer a Dios como corresponde.

¿No es esto la verdad?

Ahora ves que estás perdido. Te das cuenta de que no tienes la posibilidad de llegar a Dios cumpliendo sus mandamientos.

¿Y ahora qué?

La respuesta está otra vez en las palabras Jesús dijo: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta”.

La voluntad de Dios es que vayas a Jesús con todo tu pecado, tal como eres.

Para empezar, sé honesto con Jesús respecto a ti mismo. No encubras nada, no trates de justificarte ni excusarte, sino acude a Él tal como realmente eres.

Así es como haces lo que Dios quiere.

Al principio, esto seguramente te angustiará. Tu conciencia te acusará y te sentirás condenado. Creerás que Dios debería rechazarte. Todo ello es el resultado y la consecuencia normal de tu manera de vivir y comportarte en este mundo.

Lo más importante

Veamos ahora lo más importante en las palabras de Jesús, que estamos meditando. Cuando Jesús dice: “El que quiera hacer la voluntad de Dios”, está pensando principalmente y más que nada en que tú lo conozcas y creas en Él; que Él es quien dice ser; y que confíes en su Palabra.

“La doctrina” que Jesús dice que debes conocer, es la que se refiere a Él mismo, a su obra redentora, a lo que Él ha hecho por ti. Concretamente, ¿Qué significa esto?

Significa que tú y yo somos pecadores, que estábamos perdidos sin posibilidad de salvarnos. Y que por eso Jesús se hizo responsable ante Dios de todo lo malo que hemos hecho, pensado, sentido y experimentado; y de todo lo bueno que debíamos haber hecho, y no hicimos. Jesús cargó todo sobre sí mismo, para que tú y yo seamos libres.

LA ANGUSTIA Y DESESPERACIÓN DEL ALMA

La desesperante oscuridad

Querido amigo cristiano, que te debates en la oscuridad pensando que nunca saldrás adelante...

¡Cómo me gustaría compartir contigo alguna palabra de consuelo y fortaleza para la lucha que estas experimentando! Sé, por experiencia propia, qué difícil es creer que lo que está escrito en la Palabra de Dios, se aplica personalmente a tu vida.

Este es, precisamente, el principal problema con el que estás luchando. Tú no dudas de que lo que está escrito en la Palabra de Dios es la eterna verdad. Tampoco dudas de que Dios es Todopoderoso. No, tú has visto una y otra vez, en tu vida y en la de otros, que es así, sin lugar a dudas. Eres testigo de cómo Dios ha obrado en tu propia vida, pero eso no parece ayudarte ahora.

Dios no puede cambiar jamás. Pero, dices que tú has cambiado; que te has vuelto frío, apático e indiferente; que ya no puedes ser como otros cristianos. Piensas que el tuyo es un caso especial, que tu vida cristiana es una gran vergüenza, y que por eso Cristo tiene que rechazarte.

Tienes la impresión de que la Palabra de Dios, respalda tu manera de pensar. Por ejemplo, cuando lees y escuchas textos como el que dice: “Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu” (Salmo 34:18), piensas: “Oh, si yo pudiera sentir más pena por mis pecados, Dios estaría más cerca de mí y me salvaría. Pero siento que en mi corazón solamente hay maldad...no soy capaz de reconocer mis pecados como corresponde, y ni siquiera puedo sentir un verdadero remordimiento, como tiene que ser.”

La función de la Ley

Con respecto a los cristianos que tienen estas experiencias, un destacado evangelista sueco dijo: “Muchas veces el efecto de la Ley está encubierto a los ojos de los cristianos. No se ven muestras de arrepentimiento en nuestra vida, sino solamente pecado. Quisieras encontrar una clara muestra de arrepentimiento, y en cambio, sientes la presencia y el poder del pecado. La Ley no te da consuelo alguno, sino al contrario, produce una situación extrema, muy desalentadora. Eso es exactamente lo que la Ley de Dios debe provocar, como un primer paso hacia el verdadero alivio y consuelo.”

“Pero si por la mera confesión de tus pecados ya te sientes aliviado y consolado, sucede justo lo contrario de lo que debía suceder por medio de la Ley de Dios. La función de la Ley es hacer que desesperes totalmente de ti mismo, y encuentres consuelo solamente en Cristo y su sacrificio por ti.”

“No tienes que buscar consuelo ni siquiera en la obra que la gracia de Dios hace en tu corazón, sino solamente en la obra redentora que Cristo ha llevado a cabo por ti, para tu salvación. Esta es la fe salvadora” (Carl Olof Rosenius).

Verdadero o falso consuelo evangélico

Dios también tienen que quitarte, toda la confianza que puedas tener en ti mismo, o en tu vida cristiana. Esto sucede paulatinamente, en tu vida diaria. Llega el momento en que tienes que admitir que no amas a Dios como deberías amarlo.

Muchas veces prometiste dejar de cometer cierto pecado, pero fue en vano. Pediste fuerzas al Señor para abandonar una mala costumbre, pero hasta el momento no puedes cantar victoria.

¿No será que intentas vencer el pecado con tus fuerzas, y no confiando en Dios? Analiza tu actitud, cómo estás orando al Señor. Si confías en tu fuerza de voluntad, entonces estás

perdiendo el tiempo. Así, Dios nunca te dará lo que pides. Si quieres ser autosuficiente con respecto a tus pecados, nunca encontrarás paz.

La batalla de la fe y el escudo de la fe

En la carta del apóstol Pablo a los cristianos de Éfeso, hay un pasaje que me ha sido de mucha ayuda en tiempos de tentación. En el capítulo 6 dice: “Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (v. 16).

No es la fe en sí lo que tenemos que interponer frente a nuestro acusador, sino “el escudo de la fe”. Y, ¿cuál es el escudo de la fe? Nada menos que nuestro propio Señor Jesucristo.

Es el mensaje de la cruz, la buena noticia de que todo fue pagado y expiado; que fuimos limpiados de todo pecado por la sangre de Jesús. Esto es lo que tienes que usar como si fuera un escudo, para apagar los ardientes flechazos disparados por el enemigo.

Eso significa que, aún en medio de la tentación puedes agradecer a Jesús porque Él también venció y pagó ese pecado que te está tentando en esos momentos.

Recurre al Evangelio cuando eres tentado por el diablo. Verás que él se alejará de ti.

¿Por qué Señor?

Las enfermedades y los sufrimientos pueden llevarnos a la desesperación. Especialmente cuando parece que el Señor se ha alejado y nos ha abandonado. Cuando oramos, y es como si Dios tuviera cerrados sus oídos; como si no pudiera oír nuestras oraciones.

Cuanto más oras pidiendo ser librado, más difícil resulta ser para ti. Pareciera que es imposible, que estás en una situación sin salida.

Una y otra vez clamamos diciendo: “¿Por qué, Señor? ¿Por qué me sucede esto a mí? ¿Acaso soy mucho peor que otros cristianos, para que me trates así? ¿Por qué no actúas y me ayudas cuando te lo pido?”

La única respuesta que tienes, es la certeza de que fue el Señor quién puso esa carga sobre ti. Y es una carga pesada. Cuando comprendes esto claramente, ya no insistes en que el Señor quite tu carga, aunque tu vida te parezca insoportable.

Quien tuvo estas experiencias, sabe lo difícil que resulta permanecer firme.

¿Cómo puedo perder a Jesús?

Dios no te ha abandonado, aunque parezca así. No te angusties pensando equivocadamente. Al contrario, Dios quiere que confíes más y más en Él, y no en tus propios sentimientos. Por eso Él permite que te sobrevengan diversas pruebas.

Dios utiliza los sufrimientos para moldearnos, a fin de que seamos útiles para diversos fines, como el alfarero forma los vasos de arcilla. Así es como se realiza la obra de la gracia de Dios en nuestras vidas.

Una de las principales señales de que tú le perteneces a Jesús, es que no te sientes seguro cuando estás alejado de Él. Quieres estar en Su presencia. No estás tranquilo hasta tener reposo para tu alma, en la paz de Cristo.

Esto demuestra que aún amas a Jesús. Porque jamás extrañarías, ni desearías a tu lado, a alguien que no amas...

Que esto te anime en los días de angustia.

El Señor ve lo que está más adelante.

Dios sabe perfectamente cuál es el fin. Se acerca el día en que el Señor quitará todo lo que nos oprime y angustia. Él sabe cuanta adversidad puedes soportar. Sabe cuántos sufrimientos tiene que enviarte, para que permanezcas en la fe y seas salvo.

Puedes quedarte tranquilo, y encomendarte a Dios, porque Él cuidará de ti. Si Dios ve que es necesario para ti, no te libraré de la carga que tú le ruegas que quite de tu vida, porque así te mantiene en el camino que te conduce a tu hogar en el cielo. ¿Qué hace Dios entonces? Deja que sigas llevando tu carga. Él te recordará que su gracia es suficiente para ti (2 Corintios 12:9). Y un día tú le agradecerás por ello.

***Con todo, yo siempre estuve contigo;
me tomaste de la mano derecha.
Me has guardado según tu consejo,
Y después me recibirás en gloria.
¿A quién tengo yo en los cielos, sino sólo a ti?
Y fuera de ti, nada deseo en la tierra.***

Salmo 73: 23-25

